

Pues le culpa de esta desazón es mía, mía solo. No debí llevarle la contraria a Felipe, sino dejar que se apaciguase el primer enfado, y después hacerle reflexiones. Al pronto se comprende que le haya molestado el casamiento de papá. Pongámonos en lo justo. Ningún marido se irrita contra una mujer que no le contesta. Por la lengua vienen todas las disensiones matrimoniales. Nuestro papel es callar.

—No, bobina, vuestro papel es hablar cuando tenéis razón; lo mismo que nosotros hablamos muchísimas veces sin tenerla. De modo que si tu marido suelta una barbaridad enorme.....—que no hay Dios, supongamos,—¿tú no debes chistar?

—Mientras esté irritado, no..... porque, ¿qué conseguiré? echar leña al fuego, nunca persuadir. Pero así que se aplaque, con suavidad y con cariño, le puedo hacer mis objeciones, lo mejor que sepa..... y entonces si que me oirá y se convencerá.

No supe que replicar, pues aun cuando se me ocurrían mil reparos, el criterio de tí me subyugaba enteramente, pareciéndome el único digno de ella. Era un día nubladísimo; el comedor daba al patio, y las espesas cortinas, retasando la luz, contribuían a hacerlo más lóbrego. Los pliegues de aquellas cortinas, de color parduzco y tela tupida, se me antojaron, por repentino capricho de la imaginación, el plegado de un hábito de fraile, contribuyendo bastante a la semejanza el grueso cordón que las ceñía y sujetaba al alzapuño. Los arabescos de la cortina, a cierta altura, me figuré que dibujaban con suma propiedad la cara de un hombre. Era un fenómeno de autosugestión, que evocaba allí, oyendo nuestro diálogo y burlándose de mí con sandunga, la sombra del P. Moreno. «¡Maldito fraile!» dije mentalmente a la cortina. «Te has de llevar chasco. Porque nada violento y absolutamente contrario a la naturaleza humana es durable, y esta abnegación heroica y esta fuerza que hace mi tía a sus sentimientos no pueden llegar hasta

un límite indefinido. Vendrá ocasión en que salte el resorte... y yo la atisbaré, te lo juro, fraile tontín, que no has probado la única felicidad verdadera de esta vida». Por casualidad mi tí fijaba la mirada en el cortinaje, con esa intensidad de las personas que miran sin ver y a quienes distrae una idea triste. Me figuré que veía lo mismo que yo en las arrugas, y que también para ella se destacaba allí, callada pero elocuente en su actitud, la figura del fraile...

¡Qué ansia la mía de penetrar en los secretos camarines de aquel cerebro femenino, y leer la proclama revolucionaria que en ellos estaba escrita, de seguro, por invisible mano! La esposa no dejó salir nada al exterior. Levantándose, pasó a la cocina y se enteró de cómo andaba lo del almuerzo. «Porque tú ya tendrás hambre, Salustio», dijo, volviendo a entrar, serena y dueña de sí.

XXII

¿Cómo sucedió que descendiese a mi alma un rayo de divina alegría, de esperanza insensata y deliciosa, de luz, en fin, parecido al que supone la tradición popular que penetra el día de la Candelaria en las nieblas del Limbo? A ver si puedo recordarlo con todos sus detalles insignificantes y hasta cómicos, con su mezcla de sueños y realidades, tan inseparables, que no se donde acaban los primeros y empiezan las segundas, ni puedo jurar que éstas hayan existido más que dentro del sujeto que las percibía en mi propia representación, para mí mismo la verdad suprema.

Es el caso que Trinito, nuestro cubano filarmónico habiendo recibido cierta plata enviada de su insula, se dedicó a gastarla sin ton ni son ni gracia ninguna, desmasedadamente, como hacia él todas las cosas; y entre sus despilfarros se contó el de convidarnos a

butacas del Real para ver el estreno de una ópera española, muy discutida y comentada de antemano por los periódicos. Vanamente le demostramos la inutilidad de este derroche, pues nosotros estaríamos mucho más a gusto en el paraíso, entre niñas cursis y guapas y aficionados competentes en el *divino arte*. Pero él, que a lo que aspiraba era a darse tono y a jalearse el estreno de cierto frac, se hizo el sordo y nos arrastró a Portal y a mí hacia el coliseo: el zamorano, ni hecho pedazos consintió en acompañarle. Ni Portal ni yo poseíamos frac sólo que nos dejamos de chiquitas y nos encajamos la levita--el fondo del baúl--esperando que nadie se fijaría en nosotros, y todas las miradas serían para el cubano, según iba de resplandeciente y repampirolante. Su nuevo traje de etiqueta brillaba con el charolado especial del paño fino, y la estrecha solapa de raso, bajando hasta la cintura, realzaba la pechera blanquísima. El hombre, a fin de no perdonar detalle, se había gastado su pesetita en una olorosa gardenia, que lucía en el ojal con irreprochable corrección. Clac no se lo compró por falta de tiempo; pero entró en el teatro ocultando el hongo bajo el capote, a fin de no estropear el rizado del pelo y la primorosa raya. Nosotros ocupamos nuestros asientos un tanto cohibidos aspirando a que nadie nos mirase ni viese; pero Trinito, plantado en pie y vuelto de espaldas a la orquesta, sacando el pecho, donde bombeaba la fina camisa, y pasándose la mano, desnuda de guantes, por el cabello bien atusado, parecía un gomoso de los más cargantes. Aunque el sentido de la vista, en el cubano, andaba tan expedito como el del oído, se había alquilado los grandes gemelos, y los clavaba alternativamente en los palcos entresuelos y plateas y en las filas de butacas, pasando revista a las beldades, a los descotes y a las galas y joyas. Portal, muy encogido y acurracado, se divertía en decirle *sotto voce* que doña Cristina le flechaba sus lenticitos de mango largo, y que la infanta Isabel hacía

señas a la infanta Eulalia para que se fijase en aquel nuevo dandy tan desconocido como fascinador.

Pero apenas se hubo levantado el telón, entró a Trinito un acceso de epilepsia musical, y estuvo pendiente de la ópera, la cual, por espacio de cinco horas, nos zarandeó de Wagner a Meyerbeer, y de Donizetti a Rossini, pues de todo había en ella meynos de nuevo y español. Trinito, en su exaltación o con la implacabilidad de su retentiva música, no nos dejaba vivir. «¡Camaradas, esto es ajaco pura! Ahí ha metido el hombre el *largo assai* de la ópera-32 de Mendelson. ¡Anda, anda, pues si se ha calzado enterito el *allegretto* de la introducción del *Don Juan!* Toma... eso es de la *Flauta encantada*: quince compases lo menos hay igualitos, calcados al pie de la letra... ¡Este *maestoso* está en *El barco fantasma* o en *Parsifal!*»

—O en las *Habas verdes*--añadía Portal con sorna.

—No, pues no reirse, que hay algo de *Habas verdes*, o cosa parecida: porque esa especie de tango yo lo he oído en zarzuela... Ahora saltamos a la *sinfonía en ut menor del sordo sublime*... Camaraditas, estoy indignado. Voy a protestar. De esto a salir a los caminos con trabuco...

Al segundo acto la indignación de Trinito fué en un *crescendo* no menos estrepitoso que el del concertante final; al tercero nos aburrió a todos con sus investigaciones de reminiscencias y plagios, empeñándose en buscar a gritos, llamando la atención de los espectadores, los fragmentos de un tarso de Mozart o de una canilla de Beethoven que por allí andaban desparramados: y al cuarto su indignación adquirió proporciones tan imponentes, que no nos permitió oír el final de la obra. «Larguémonos antes que llamen a la escena a ese monedero falso. Yo silbaría, si me quedase, y no es cosa de armar escándalo aquí. Vámonos, pues: prudencia. Estoy tan atufado, que no sé lo que hago. Sujétenme, sáquenme a la calle».

Admirados de aquel arrechucho, no menos sorprendente en el dulce y manso cubano que en un canario o un cordero, nos resignamos a salir antes que nadie, y echamos, por el salón de descanso, hacia la puerta.

Sin transición, desde la atmósfera recalcante, vibrante, zumbadora de la sala, nos trasladamos al pasillo, más glacial por estar desierto, pues únicamente daban vueltas por allí dos acomodadores. Una corriente de aire, aguda como como un estilete, se coló por mi boca entreabierta para reír, llegando instantáneamente a mi pecho, donde noté como un pinchazo.

—Tápanse la boca, señores—advirtió el práctico Luis.—Vamos a pescar la gran pulmonía de la Era cristiana. Tápate, Salustio, no seas aturdido.

Buscaba el pañuelo para ampararme con él, pero ¡ay! sentía ya ese aviso extraño, esa punzada oscura y sorda de la enfermedad, que traídoramente se nos ha metido en el cuerpo aprovechando nuestro descuido, a manera de ladrón que ve puesta la llave y no pierde la oportunidad de registrar el arca.

—Creo que ya la he pescado—murmuré con alguna inquietud.

—No seas aprensivo. Vámonos a Fornos a tomar un ponche. Anda, verás qué calentito y qué bueno—dijeron mis compañeros, a tiempo que salíamos al páramo de la Plaza de Oriente. Y fuimos a Fornos y tomamos el ponche, todo a cuenta de la plata de Trinito, quien nos hizo de nuevo una monografía sobre los plagios y rapsodias de la ópera, y nos tarareó su indignación y hasta nos la tecléo sobre la mesa. Esta vez se resolvía a escribir una crítica musical. ¡Vaya si se resolvía! Iba a triturar al compositor, o mejor dicho, al *rata* cogido infraganti visitándole a Wagner la faltriquera.

Me retiré tarde y dormí mal. Al otro día desperté con inexplicable fatiga y desaliento, con esa especie

de marasmo que precede a los graves desórdenes patológicos. Tití observó que tenía muy mala cara y me rogó que me acostase, regañándome suavemente por las horas imposibles a que me había recogido la noche anterior. Accedí; me sentía tan rendido, que como decimos en la tierra, ningún hueso de mi cuerpo me quería bien. Al retirarme, dije a Carmiña en suplicante tono:

—¿Irás a verme?

—¡No faltaba más! Ya se vé que iré. A llevarte una taza de flor de malva bien hervidita para que sudés... Eso que tienes es un resfriado. Locuras que habrás hecho.

Apenas me acosté ¡zás! se declaró victoriosamente la calentura, y la fatiga, y la congestión de los órganos respiratorios. Empecé a divagar, a perder la brújula: aquello seguramente no sería delirio, pero sí una especie de libre y caprichoso viaje de la imaginación al través de las regiones más hermosas para mí cuando me sentía completamente dueño de mis facultades. En los intervalos lúcidos de la modorra y entre la angustia de la disnea pulmoniacia volví a ver el Tejo, con su ramaje verde oscuro, que se recortaba sobre el azul divino del cielo y sobre el luminoso y pálido verdor de la ría; oí cánticos de labradoras, gaitas que repicaban la alborada, cohetes, acordes de piano, y hubo instantes en que juraría que un negro murciélago entraba revoloteando por la ventana y, traspasado por un alfiler, agonizaba a mi vista... Por supuesto que el Padre Moreno estaba allí, y unas veces me servía de consuelo su presencia, y otras me irritaba hasta tal punto, que de buena gana le hubiese arrojado a la cabeza cualquier cosa. En el trastorno de la fiebre debí de cantar, y también debí de enunciar fórmulas y plantear problemas de ciencia matemática. Lo que sé es que por cima del delirio, de la calentura, de la horrible opresión, de la constricción de mis bronquios y pul-

mones, revoloteaba una sensación encantadora. Titi no salía de mi cuarto; titi me aplicaba los remedios, me arreglaba las sábanas, me servía y atendía en todo; y cuando en un movimiento involuntario, hijo de la fiebre, se me ocurrió echarle los brazos al cuello... pensé... ¿era desvarío? que aquella mujer fuerte, inquebrantable, lejos de hacer el menor movimiento para apartarse de mí, me devolvía la afectuosa demostración. Yo juraría que sus ojos me miraban con inmensa ternura; que sus manos me acariciaban y halagaban como se halaga y acaricia a un niño; que su boca murmuraba frases de miel, cuyo sonido era música del corazón... Y dejándome llevar de mi fantasía, pensé al adormecerme bajo la acción de un enérgico medicamento:

—Titi me quiere, me quiere, no cabe duda. ¡Si no me muero voy a ser muy dichoso!

Suspiré, dí media vuelta, y si pudiese formular en palabras el sentimiento que inundaba mi espíritu, añadiría:

—Aunque me muera.

FIN

La segunda parte de esta obra se titula:

LA PRUEBA

